

GEORGE R. SIMS

**MEMORIAS
DE UNA SUEGRA**

Traducción del inglés de Alejandro Palomas

 **Siruela**

Libros del Tiempo

ÍNDICE

MEMORIA I: <i>Yo</i>	9
MEMORIA II: « <i>El novio de la señorita Sabina</i> ».	21
MEMORIA III: <i>Mi primer yerno</i>	33
MEMORIA IV: <i>John, mi hijo mayor</i>	46
MEMORIA V: <i>A ocho kilómetros del lugar más próximo</i>	58
MEMORIA VI: <i>Algunas de mis preocupaciones</i>	71
MEMORIA VII: <i>Los buñuelos de manzana</i>	83
MEMORIA VIII: <i>El piso descubierto del ómnibus</i>	95
MEMORIA IX: <i>El marido de Maud</i>	107
MEMORIA X: <i>Mi yerno alemán</i>	119
MEMORIA XI: <i>Los de enfrente</i>	131

MEMORIA XII: <i>Dos de mis nietos</i>	143
MEMORIA XIII: <i>Lavinia</i>	155
MEMORIA XIV: <i>Frank Tressider</i>	167
MEMORIA XV: <i>La madre de la mujer de Frank</i>	179
MEMORIA XVI: <i>Frank y Laura</i>	189
MEMORIA XVII: <i>Las plumas de pavo real</i>	201
MEMORIA XVIII: <i>Y por último</i>	213

MEMORIA I

Yo

Desde tiempos inmemoriales las suegras han sido constantemente objeto del ridículo y del desprecio. No estoy del todo segura del uso que debe darse a la palabra «inmemorial», porque no soy una autora profesional y, cuando yo era niña, las jovencitas no tenían la cultura que tienen hoy. Me educaron para que aprendiera a escribir, a coser, a cocinar correctamente y, debo añadir sin tardanza, a hablar con corrección, algo que heredé de mi querida madre.

Mi querida madre siempre decía lo que pensaba. En muchas ocasiones la oí decir a mi querido padre, cuando él la regañaba por algo que ella había dicho en público: «No puedo evitarlo, Zachariah. Siempre digo que lo pienso, y siempre lo haré, tanto si ofende a la gente como si no».

En cuanto a mí, ya de pequeña decía siempre lo que pensaba. Lo hice también de jovencita y, aunque soy ya una mujer de mediana edad, sigo haciéndolo aún, y tengo intención de hacerlo en estas memorias. Sé que a veces he causado alguna ofensa al obrar así. Una mujer con cuatro hijas casadas y tres hijos también casados, una hija soltera que vive en casa y el menor de todos, un niño de once años encantador, listo y algo travieso, además de un esposo incapaz de matar una mosca, a menos que la mosca sea su esposa, y que durante los treinta y cinco años de nuestra vida marital me ha permitido no solo de-

cir todas las cosas desagradables, sino también hacerlas, mientras él se mantiene al margen, no puede evitar ofender de vez en cuando si es honesta y franca.

Por supuesto, si mi esposo (y no es mi deseo decir una sola palabra contra él como hombre) hubiera cumplido con sus obligaciones como marido y como padre, yo no tendría que cargar con la reputación de ser una «fiera» en ciertos círculos. Esa es la elegante expresión que oí en su día aplicada a mi persona y en mi propia casa en boca del joven repartidor de una ferretería y de mi propia criada.

Fiera o no, no permití que el jefe del muchacho se burlara de mi esposo, que sinceramente tiene la misma idea del valor de las cosas que un niño y al que jamás deberían permitirle entrar solo en una tienda. Mi marido se cree todo lo que le dicen los tenderos y odia lo que él llama «regatear» por el precio de las cosas. En una ocasión dejé que me acompañara a comprarme un sombrero, porque me dijo que había visto uno en un escaparate que creía que me favorecería, y debo decir que hizo una escena de no poco calado. En cuanto me hube probado una media docena, empezó a mover nerviosamente el bastón y los pies y quería que me llevara una cosa horrenda que me daba el aspecto de un auténtico esperpento. Naturalmente, me di cuenta de lo que ocurría. Él creía que yo estaba importunando a la joven dependienta.

—Ah, claro —le dije—. Te trae sin cuidado que parezca un esperpento. Solo te preocupan los demás.

Lo dije en voz alta y él se puso como la grana, una fastidiosa costumbre que tiene cuando me dirijo a él en público.

—No pretendo que parezcas un esperpento, querida —tartamudeó—, pero no irás a probarte todos los sombreros de la tienda y marcharte después sin haber comprado ninguno.

Jamás he podido entender por qué a los hombres les horripila de ese modo salir de una tienda sin haber comprado nada. Naturalmente a las dependientas les gustaría que compráramos todas las existencias de la tienda, pero no entramos a una tienda para complacer a las dependientas, sino para complacernos a nosotras mismas, y si nada de lo que vemos nos gusta, o es demasiado caro, ¿por qué íbamos a comprarlo?

Dos de mis hijas han salido en eso a su padre. He oído a la mayor, Sabina, después de haber pasado juntas la mañana en Schoolbreds, o en Whiteley's, o en Marshall & Snelgrove's¹, y no haber encontrado exactamente lo que buscábamos, volver a entrar a toda prisa cuando salíamos de la tienda y hacerse con una fruslería absurda y totalmente inútil por seis peniques, y cuando la he regañado por gastar así su dinero, ella me ha dicho:

—Ah, mamá, hemos molestado tanto que me he visto obligada a comprar algo.

Estoy convencida de que fue la ridícula idea de comprar algo lo que llevó a mi esposo a hacerse con el juego de aceitera y vinagrera en la ferretería de Tottenham Court Road, lo cual llevó a su vez al joven a comentarle a mi sirvienta que yo era una fiera. Y la muy pícara cometió la impudicia (no sabía que la estaba mirando desde la barandilla) de darle la razón y toda la razón y añadir que el pobre señor de la casa jamás vería ni rastro del juego. «El pobre señor de la casa», dijo. Por supuesto, cómo no. De casa es de donde a punto estuve de echarla ese mismo día, poniéndola de patitas en la calle, y de no haber sido porque su madre me llamó y apeló a mí como madre, no habría recibido de mí ni un ápice de conmiseración. Hay demasiado «pobre señor de la casa» en la risueña y frívola criada de hoy en día.

Debo reconocer que le solté algunas cosas muy poco agradables al ferretero, pero me limité a decirle lo que pensaba, y lo habría hecho tal cual aunque en vez de un ferretero me las hubiera tenido que ver con veinte.

Un día, durante la cena, se me ocurrió decir que jamás había tenido un juego decente de aliños. Naturalmente que teníamos juegos de aliños (esas moderneces frágiles, estúpidas y precarias), pero siempre me acordaba del mejor juego de aliños de mamá (que había sido el objeto de mi admiración cuando era

¹ Nombres de auténticos grandes almacenes londinenses del siglo XIX. James Schoolbred & Co. estaban situados en Tottenham Court Road. La tienda original de William Whiteley, que quedó destruida por las llamas en 1887, estaba en Westbourne Grove, Notting Hill. Volvió a abrir sus puertas muy cerca de allí, en Bayswater, a principios del siglo XX. Marshall & Snel, ahora parte de Debenhams, estaba en Oxford Street. (*Todas las notas son del Traductor.*)

niña, además de ornamento en cualquier mesa que se preciara), y me acordaba también de cuando mis dos hermanos intentaron alcanzar la pimienta y volcaron el que teníamos, empapando el mantel limpio (y una de mis mejores piezas) de vinagre y salsa Worcester, por no hablar de la mostaza. Dije lo que opinaba, y declaré que no era la clase de juego de aliños que esperaba tener al casarme con un hombre de posibles.

Al día siguiente, a mi pobre y bobalicón esposo (bondadoso como el que más) se le ocurrió ir a una ferretería de Tottenham Court Road y pedir unos juegos de aliños de primera. No logro entender por qué fue a buscarlo a una ferretería, y más aun tratándose de una de esas cacharrerías de poca monta que atraen la atención del público colgando de la puerta hierros para atizar el fuego, sartenes y toda suerte de cachivaches. En cualquier caso, eso es lo que hizo, y el propietario enseguida se percató de la clase de hombre que tenía delante, y lo convenció para que se llevara esa espantosa y enorme vulgaridad por la que le cobró seis guineas. En cuanto nos llegó a casa vi lo que era con solo echarle un vistazo, y cuando John (mi esposo) me comentó lo que había pagado por ella, me quedé horrorizada y dije:

–Si crees que voy a dejar que te estafen de ese modo, te equivocas de medio a medio. Ahora mismo iré a devolverlo y exigiré recuperar el dinero.

Entonces él empezó a discutir, y me advirtió que lo había comprado y que lo había pagado, y que yo hablaba así porque me estaba dejando llevar por mis prejuicios. Discutimos sobre el asunto durante más de una hora, pero él era obstinado y dijo que no podía pedirle que volviera a la tienda y le dijera al hombre que su mujer había dicho que era un idiota. Creo que esta frase no queda demasiado clara. Todos estos «el» y «le» siempre me fastidian, aunque no soy una escritora profesional. Es más fácil decir lo que queremos decir que escribirlo. En resumen, conseguí que mi esposo me entendiera, pues contesté:

–Muy bien. Si no vas tú a devolver el juego de aliños, lo haré yo. –Y lo envolví con el delgado papel tisú con el que nos lo habían enviado, lo cogí por el asa y salí con él sin pensarlo más, y entré a la tienda y lo deposité encima del mostrador, y le espeté

al propietario, que me miraba como si hasta entonces jamás hubiera visto a una esposa indignada—: Será usted tan amable de devolverme las seis guineas que mi esposo, el señor Tressider, le pagó ayer por esta baratija. —Había en la tienda varios clientes, y el propietario se quedó sin duda horrorizado, pues soltó un jadeo antes de poder hablar.

—No entiendo a qué se refiere, señora.

—Ah, yo se lo aclaro ahora mismo —dije—. Mi marido desconoce por completo lo que son los juegos de aliños y le ha pagado seis guineas por esto. Yo sé perfectamente lo que son los juegos de aliños, de modo que insisto en que me devuelva mi dinero.

—Si no está satisfecha con su juego de aliños, señora, se lo cambiaré. Pero en ningún caso devolvemos el importe de las compras.

—En ese caso —respondí—, tendrán que empezar a practicar ahora mismo.

Hizo un gorjeo y me fulminó con la mirada, pero no me amedrentó. Yo sabía que llevaba las de ganar. No podía echarme de la tienda y los demás clientes habían dejado de comprar y nos escuchaban, y el dependiente no podía permitirse atraer su atención. Luego me di cuenta de que una señora estaba haciendo un succulento encargo para una joven pareja que iba a casarse y que estaba muy cerca de nosotros y podía oír cada palabra. Imagino que el propietario simplemente creyó que la dama se alarmaría y que quizá creería que había entrado en lo que mi hijo John llama «la tienda equivocada», y cancelaría su pedido. Sea como fuere, vio que tenía delante a una mujer decidida, así que cambió el tono y dijo, alzando la voz:

—Señora, no deseo imponer a ningún cliente ningún artículo que no le resulte satisfactorio. Le devolveré el dinero, pues no tengo intención de vivir una situación desagradable. —Y así lo hizo, y yo regresé triunfal, y puse el dinero sobre la mesa, delante de las narices de mi esposo, y dije:

—Toma. Quizá haya quien se atreva a tomarte por tonto, pero te aseguro que a mí no. —Me metí el dinero en el bolsillo, le lancé una mirada y me marché. John tardó mucho tiempo en volver a salir solo a comprar algo para la casa y yo seguí utilizando el viejo juego de aliños.

He narrado este pequeño incidente porque ofrece una ligera muestra de las responsabilidades que han recaído sobre mí como cabeza práctica de la familia. Ninguna mujer desearía tener a un hombre mejor que el mío en muchos aspectos, y puedo aseverar con absoluta franqueza que en algunos aspectos me gustaría que mis hijas hubieran sido tan afortunadas, aunque cuando todo lo desagradable que debe decirse o hacerse recaer sobre los hombros de la esposa, no es de extrañar que esta se gane la reputación de lo que aquel impertinente recadero del ferretero (tan solo vino a traer a casa un cubo para el carbón que habían reparado y, desde luego, jamás se lo habría llevado a la tienda de su jefe de haberlo yo sabido) calificaba de «fiera». Sabe Dios que no me faltan motivos para haberme convertido en una fiera. Nadie cría a nueve hijos (siete de ellos casados) sin tener que enfrentarse a algo que ponga a prueba su genio y que nos haga desconfiar ocasionalmente de la naturaleza humana, por no hablar de los criados y del marido, que, a pesar de ser un hombre de probada inteligencia en los negocios, es un auténtico inútil en lo que concierne a la casa, aunque está a la vez tan entregado a su vida doméstica que me ha costado Dios y ayuda convencerlo para que de vez en cuando frecuente la sociedad (por el bien de las niñas). Qué desafortunados matrimonios habrían hecho de no haber sido por mí, e incluso estando las cosas como están, dos de sus maridos no dejan de provocarme cierta ansiedad. Mis pequeñas, Dios las bendiga, han sido desde siempre a mis ojos las mejores hijas, y se han convertido ahora en esposas de las que cualquier hombre se sentiría orgulloso, pero jamás he logrado convencer a mi marido para que ocupe el lugar que le corresponde como suegro. Si alguien ha tenido que ponerse firme, ese alguien he sido yo, y siempre he dicho que quien debe ocuparse de los yernos es el suegro.

Dicen que un hijo es un hijo hasta que encuentra esposa. Con las niñas es distinto: una hija es hija durante toda nuestra vida, y yo siempre he estado empeñada en no permitir que mis hijas se desmarquen del todo de mi influencia, ni se vean desprovistas de mi consejo cuando se casan y fundan sus propios hogares. En cuando a mis hijos, en fin, mentiría si dijera que su elección de esposas habría sido la mía. Sé muy bien lo que

habría sido de John Tressider si yo me hubiera parecido a la esposa de mi hijo William. A pesar de ser una joven encantadora y poseedora de deliciosos modales, sus opiniones nada tienen en común con las mías. Cuando la gente me dice «Qué muchacha más adorable es la esposa de su segundo hijo», no puedo evitar negar con la cabeza. Su belleza, su dulzura (pues es cierto que tiene un dulce carácter) han cegado por completo a William ante su completa falta de habilidad en la intendencia doméstica. Cuál fue mi horror cuando supe por William a lo que ascendían las facturas de la casa y el dinero que le asignaba a su esposa para la compra de sus vestidos. Intenté razonar con William y le dije que me veía en la obligación de hablar muy en serio con Marion, esto es, su esposa. Por toda muestra de agradecimiento, lo único que recibí fue:

—Por el amor de Dios, mamá, no regañe a Marion. Es muy sensible y se lo tomará muy a pecho. No ha dejado de llorar por culpa de la libreta del carnicero desde que encontró usted ese error de nueve peniques en sus sumas. Ya sé que no lo hizo con mala intención, querida mamá, pero eso y el hecho de que le preguntara a cuánto había pagado la libra de cordero de nuestra pequeña cena la tiene atormentada. Siempre me dice que teme que no la considere una esposa adecuada para mí.

Naturalmente, le dije que para mí era muy duro no poder hacer un simple comentario sin que se me acusara de intentar arruinar la felicidad doméstica de mi hijo, y me sentí dolida. Obviamente, dije lo que pensaba en la ocasión mencionada, y no habría estado cumpliendo con mis obligaciones de no haber sido así.

Ocurrió del modo más natural. William dio una pequeña cena (una reunión familiar: sus amigos y los de nuestra querida Marion, puesto que realmente es una jovencita encantadora) y de forma totalmente inocente, en mitad de la cena, después de haber estado comentando lo terribles que estaban los precios en Londres con una señora que hablaba de los *Stores*², le dije a mi nuera:

² The Army & Navy Co-operative Society, fundada en 1871, proveedora de comida y otros productos a sus suscriptores.

—¿A cuánto pagáis el cordero en este barrio, querida?

¿Podía acaso una suegra formular una pregunta más inocente? Aun así, no me creerán si les digo que la estúpida jovencita se sonrojó hasta las raíces del cabello y, entre tartamudeos, respondió:

—No lo sé.

—¿No lo sabes, querida? —dije—. ¿No revisas acaso la libreta de pedidos de la carnicería? ¿Dejas entonces que el carnicero te cobre lo que quiera?

Estoy convencida de que me expresé con absoluta afabilidad, pero el señor Tressider, mi esposo, empezó a guiñarme el ojo violentamente, y William, mi hijo, me fulminó con la mirada. Tiene la espantosa costumbre de fulminar con la mirada, un hábito que intenté en vano corregir en él cuando era niño. No entiendo de dónde lo ha sacado, porque su padre no lo hace y jamás ha habido una sola de esas miradas en mi rama de la familia.

—¿Qué ocurre? —pregunté, y vi entonces que los ojos de la bobalicona jovencita estaban anegados de lágrimas.

Eso me molestó, y dije entonces lo que pensaba, con firmeza, bien es cierto, aunque fue una firmeza no exenta de afabilidad. Dije:

—Pequeña, siento haber herido tus sentimientos de algún modo, pero te he hablado desde mi amor de madre. Si a William no le importa a cuánto pagas el cordero, por supuesto no soy yo quien deba opinar al respecto.

Durante un instante nos quedamos en silencio, y acto seguido el señor Tressider comenzó a contar una de sus absurdas historias sobre cuando fundamos nuestro hogar. Ni que decir tiene que lo hizo para dar un vuelco a la conversación. Ha contado esa historia cientos de veces y todos se ríen siempre, y supongo que por eso disfruta tanto con ella, aunque yo jamás haya podido verle la gracia.

La historia, que él normalmente exagera, es la siguiente: cuando acabábamos de casarnos, encontré por casa la factura de unos cigarros de mi marido y, como me gusta saber el precio de todo, le pregunté cuántos cigarros le habían dado por ese dinero, y él me lo aclaró. Ya he olvidado cuántos eran, pero sí recuerdo que salían a seis peniques la pieza.

Me pareció una fortuna por una mísera cosucha que un hombre consume a bocanadas en media hora, de modo que un día, mientras hacia la compra en la tienda de ultramarinos, vi unas cajas de cigarros con la etiqueta «ganga» y decidí ver si podía ahorrarle a John algo de dinero en tabaco, de modo que pregunté el precio y el dependiente me dijo que salían a dieciséis peniques la caja de cien. Compré una caja, me la llevé a casa y le dije a mi esposo:

—John, cariño, en el futuro será mejor que dejes que sea yo quien te compre los cigarros. Mira, puedo conseguirlos por dieciséis peniques las cien unidades y has estado pagando cincuenta chelines por ellos.

Mi esposo sacó un cigarro, lo miró y se echó a reír. Me dijo que se sentía muy agradecido, pero que quería vivir un poco más por mi bien, y creo que le dio los cigarros al jardinero, que en aquel entonces venía una vez por semana, hasta que descubrí que por el sueldo de todo un año tan solo teníamos unos pocos geranios y sus sucias botas entrando y saliendo del vestíbulo. Fue entonces cuando lo despedí y me ocupé yo misma del jardín con la ayuda de las criadas.

Hasta el día de hoy no he conseguido entender por qué John no se fumó esos cigarros simplemente porque había pagado por ellos menos que el precio habitual. Un cigarro es un cigarro, y estoy segura de que esos se fumaban estupendamente, porque un domingo encontré con uno de ellos al jardinero, y olía muy fuerte, tanto como cualquiera de los que fuma mi esposo. Pero todos se rieron con la historia como si la hubieran leído en *Punch*, y preferí no hacer ningún otro comentario. Sin embargo, después de la cena, William se acercó a mí y me dijo:

—Mamá, sé que su intención era buena, pero Marion es muy sensible y a ninguna joven esposa le gusta que la dejen por ignorante delante de sus invitados. Por favor, no vuelva a hacerlo.

—Muy bien, William —dije—. Si a tu esposa no le gusta que haga un comentario en la mesa de mi propio hijo...

William vio que estaba dolida, así que tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

–Vamos, vamos, mamá –dijo–, no se enfade. Dejémoslo aquí. Sabe muy bien que para Marion usted es la mujer más maravillosa del mundo, y para mí también.

William siempre ha sido un buen hijo y su corazón sigue siendo tan sensible y bondadoso como cuando era niño. No puedo enfadarme con él, jamás pude hacerlo, pero de todos modos no me parece que una muchacha que no sabe lo que le paga al carnicero por el cordero sea la esposa adecuada para un joven que tiene que abrirse camino en el mundo.

Las suegras hemos sido siempre unas incomprendidas, y supongo que siempre lo seremos. Nadie ha expresado jamás con rigor su postura. Eso es lo que yo intento hacer aquí, y por eso, ahora que todos mis hijos, excepto dos, están casados y dispongo de más tiempo, he decidido defender la causa de la más maligna de las razas sobre la capa de la tierra. Estoy convencida de que cuando haya relatado mis experiencias habré dado un cariz distinto a la cuestión. Intuyo que ofenderé a algunos de mis yernos y que algunas de mis nueras se sentirán agraviadas, pero eso es algo que no puedo remediar. Siempre he dicho lo que pensaba y desde luego no voy a empezar ahora a medir mis palabras.

Ya era hora de que alguien saliera en defensa de las suegras. En la mayoría de los libros que he leído siempre se las somete al escarnio y me atrevo a decir que también al desprecio. Jamás he logrado entender por qué existe contra ellas tan absurdo prejuicio. Por supuesto, puedo entender que un hombre se case con una muchacha joven y fiable que no sepa nada de la vida, sin que le importe que la madre de la muchacha (una experimentada mujer de mundo) sepa o vea demasiado. Pero la obligación de una madre es aleccionar a su hija sobre el modo adecuado de llevar a un esposo y darle así el beneficio de ese conocimiento que la pobrecilla (la suegra) a menudo ha adquirido a base de una dolorosa experiencia personal.

Siempre he tenido la intención de escribir mi propia experiencia personal, y es con ese fin en mente que he tomado notas de muchas cosas mientras estas ocurrían, y con ese propósito también he llevado mi propio diario. Siempre lo he guardado bajo llave, pues el señor Tressider tiene la irritante costumbre

de coger cualquier trozo de papel que dejo olvidado sobre mi mesa y leerlo. Y es que hay muchas cosas que una mujer escribe en su diario y que no quiere que nadie vea. ¿Quién dijo que la curiosidad era un defecto femenino? Jamás he conocido a una sola mujer que sea la mitad de inquisitiva que algunos de los hombres que he conocido hasta la fecha. Pero John Tressider nunca ha visto mi diario y yo lo he mantenido sumido en la más absoluta ignorancia sobre mi intención de hacer públicas mis experiencias como suegra. Sé que, en cuanto se lo hubiera insinuado, la noticia habría corrido al instante como la pólvora, y sé positivamente que él, atolondrado y bonachón como es, no habría puesto en principio ninguna objeción a mis intenciones, y habría fingido que quizá a mis yernos y a mis nueras el asunto no iba a caerles en gracia.

Puesto que no voy a decir nada más que la verdad y toda la verdad, no veo cuál puede ser la naturaleza de su oposición. En cualquier caso, no pienso pedir su permiso. Lo que hago lo hago por el interés de una clase muy numerosa y espantosamente maltratada, y aunque los yernos y las nueras quizá en ocasiones se estremezcan (pues pocos son aquellos capaces de enfrentarse a las verdades), estoy segura de que antes de que haya concluido me habré ganado la gratitud de todas las suegras del Reino Unido. Y hasta aquí mi presentación. Era necesario que dijera algo, aunque ciertamente nunca me ha gustado demasiado hablar de mí. Pero no quiero que se me interprete mal, aunque, bien pensado, a estas alturas ya tendría que estar acostumbrada a ello. Mi esposo nunca me ha entendido y mis hijos no siempre han mostrado el aprecio por mi dedicación maternal y por mi previsión de su bienestar que yo habría deseado. Pero eso jamás me ha impedido cumplir con mi obligación, y seguiré cumpliendo con ella sin pestañear mientras siga llamándome Jane Tressider.

Procederé ahora a dar cuenta de mi primera experiencia como suegra, o mejor, como suegra potencial: el doloroso momento en que supe por vez primera que mi hija mayor, Sabina, había concebido cierto afecto por alguien que no pertenecía a su círculo doméstico y que un joven estaba ansioso por alejarla del seno de su familia ¡y llevársela del lado de su abnegada ma-

dre! Obviamente, cuando el primero de nuestros hijos muestra síntomas de desear abandonar el abrigo del ala materna, una madre afectuosa siente un duro golpe. No me avergüenza decir que lo primero que sentí cuando me enteré de que un joven se había enamorado de mi hija fue indignación. Y había una razón para mi indignación, y esa razón era el caballero propiamente dicho. Recuerdo ahora su comportamiento. Pero ese joven tendrá que esperar a ser el segundo capítulo de mis memorias.